GERALDO "SEMPAVOR": LAS HAZAÑAS DE UN GUERRERO PORTUGUÉS POR TIERRAS EXTREMEÑAS

Carlos J. Rodríguez Casillas

1. INTRODUCCIÓN

Durante el lejano periodo de la Reconquista, en plena lucha de los reinos cristianos con las huestes musulmanas, un guerrero portugués se abrió camino a lo largo y ancho del solar extremeño a base de duras y esforzadas hazañas: Geraldo "Sempavor" (Geraldo "Sin miedo").

La escasez de referencias hacia su persona, junto a las actividades bélicas que llevó a cabo, le harían convertirse en un personaje desconocido y temido, tanto por los contingentes islámicos como por los dirigentes castellano-leoneses. A su vez, y derivado de la diferente óptica con que fueron asimiladas sus acciones, pasaría a la historia bajo denominaciones tan dispares que recorrerían un amplio campo semántico, que iría desde el más vil traidor hasta su encumbramiento como uno de los héroes del medievo portugués.

Una desigualdad que es similar a la producción historiográfica basada en las andanzas de este caudillo lusitano. En este sentido, se observa un fuerte desequilibrio a favor de los historiadores portugueses. Claros ejemplos son los estudios de D. Lópes: *"O Cid portugués: Geraldo Sempavor"*; o el más reciente de Sousa Pereira: *Geraldo Sem Pavor. Um guerreiro de fronteira entre cristãos e musulmanos (1162-1176)*.

Sin embargo, de esa escasa producción española habría que destacar el estudio realizado por E. Lapiedra en el compendio *Bataliús*; y que desde el análisis proveniente de la cronística medieval trata de desmenuzar diversos aspectos de su vida en un intento de dar más luz a sus oscuros orígenes.

Un déficit historiográfico, que debe ser enmendado, ya que la figura de Geraldo llegaría a resultar de gran importancia en el devenir histórico de la realidad territorial extremeña, al desencadenar toda una lucha de intereses por el control de parte del espacio de la actual Extremadura.

En este sentido, este trabajo tratará de contribuir al desarrollo de su conocimiento, aportando una visión, tanto de la vida de este aventurero portugués, como de las hazañas que llevó a cabo. Todo ello, enmarcando siempre el análisis con un contexto histórico del cual es muy difícil de disociar, ya que de las luchas por el control del territorio que se vinieron desarrollando en nuestra región, Geraldo se revelaría como uno de los grandes estrategas militares del momento.

2. SOBRE GERALDO

A mediados del siglo XII, en pleno fragor de las luchas entre cristianos y musulmanes en el suroeste peninsular, durante el lento, pero a la vez continuo avance reconquistador, surgió una enigmática figura que asoló y se hizo dueña de parte de los territorios extremeños: Geraldo "Sempavor".

Desde guerrero a mercenario, han sido varios los calificativos con los cuales se ha querido identificar a este caudillo portugués, que con tan escasos efectivos emprendió una continuada y sistemática campaña de conquistas sobre los principales puntos fuertes de Extremadura.

No obstante, el halo de misticismo que todavía cubre su misteriosa persona ha hecho verter verdaderos ríos de tinta en torno a su desconocida procedencia, siendo más abundante los estudios realizados por la propia historiografía portuguesa que desde la parte extremeña y española. En este sentido, resulta muy interesante la propuesta que hace E. Lapiedra, al plantear la hipótesis de que Geraldo bien podría ser considerado como un esclavo-soldado cristiano huido del territorio musulmán, y que vendería sus conocimientos y experiencia a sus correligionarios [1].

Gran parte de estas afirmaciones las realiza a partir de estudios filológicos de las diferentes fuentes históricas que hacen mención a la persona de Geraldo. Según su tesis, este caudillo portugués sería un "yilliqi", o lo que es lo mismo, un gallego-portugués, por lo que estaríamos hablando de un personaje que perteneció a un territorio en el

[1] LAPIEDRA, Eva: "Geraldo Sem pavor, Alfonso Enríquez y los Almohades"; en: *Bataliús. El reino Taifa en Badajoz*, Madrid, 1996, p. 149

suroeste peninsular muy cercano a Al-Andalus, cuando no situado en su misma frontera. Ya en el siglo X, el geógrafo musulmán Ibn Hawqal se refería así a este área:

> «Mérida y Toledo son dos de las más importantes ciudades de Al-Andalus y de las mejor fortificadas. La frontera de los gallegos es: Mérida, Nafza, Guadalajara y Toledo» [2].

A la vista de lo expuesto, este grupo geográfico, por su cercanía a Al-Andalus, sería uno de los que mayor presencia tendría en la composición del sustrato social de parte de los esclavos-guerreros islámicos. Siendo una realidad que aparece refrendada en multitud de elementos lingüísticos de la lírica andalusí de los siglos IX y X. En realidad, las dotes militares de los gallego-portugueses eran conocidas y muy apreciadas por los dirigentes islámicos, residiendo en estas virtudes su interés por hacerse con tan expertos soldados [3]. Además, esto explicaría el conocimiento que Geraldo tenía de las técnicas defensivas de los enclaves musulmanes, que con tanta habilidad asaltó y conquistó por toda nuestra región.

Sea como fuere, la mayoría de los especialistas, a raíz de los estudios de las diferentes crónicas que aluden a su persona, vienen a coincidir en que Geraldo fue un cristiano que actuó bajo las órdenes del monarca portugués Alfonso I, llevando a cabo una serie de acciones ofensivas que le llevarían a ser poseedor de un notorio señorío en el norte de la región extremeña. Como expone el estudioso extremeño Marcelino Cardalliaguet:

> «También el rey de Portugal, sirviéndose de un aventurero portugués llamado Geraldo Sempavor, inició una serie de "razzias" devastadoras por el centro de Extremadura, saqueando Cáceres, Trujillo, Montánchez, Monfragüe y Santa Cruz de la Sierra» [4].

Este hecho, unido a las rivalidades fronterizas, no sólo entre cristianos y musulmanes sino entre los propios reinos cristianos a raíz de la fragmentación política sufrida tras la muerte del emperador Alfonso VII, le haría ser visto con recelo por parte del monarca leonés, que veía de esta manera amenazada su estrategia de expandirse hacia el sur, por el territorio de la actual Extremadura. Lo cual terminaría causando la toma de medidas y

---

[2] PACHECO, Juan Antonio: *Extremadura en los geógrafos árabes*, Ed. Diputación provincial de Badajoz, Badajoz, 1991, p. 22

[3] LAPIEDRA, Eva: *Op. Cit*. pp. 150-152

[4] CARDALLIAGUET, Marcelino: *Historia de Extremadura*, Badajoz, 1998, p. 87

acciones en su contra, que le harían ser expulsado del dominio que poseía en el norte extremeño mediante la cesión del control de sus fortalezas[5].

Geraldo "Sempavor" se convertía en un personaje que sería tan admirado por sus contemporáneos portugueses, como odiado por musulmanes y cristianos leoneses. Como expone E. Lapiedra, desde el estudio de la cronística histórica, se puede observar como nos encontramos con un personaje de la historia medieval de la frontera portuguesa, cuya opinión resulta, a primera vista, muy diferente según la óptica musulmana y la cristiana. Las fuentes cristianas nos señalan concisamente la existencia de un caudillo de ladrones y villanos, que asaltó Évora y Badajoz, además de otras plazas fuertes que tuvo que deshacerse cuando cayó prisionero de Rodríguez Fernández. Frente a esta sombría imagen cristiana, que no refleja la de un noble caballero portugués, hallamos la identificación de un importante rival que tuvo en vilo al poder almohade con sus conquistas, ataques y la depredación de sus territorios.

Con el paso de los años, en el transcurso de la última etapa de su vida, pasó a servir al Califa Almohade. Los intentos del monarca portugués por hacer que éste traicionara a su nuevo señor, mediante correspondencia secreta, causaría que una vez descubierta toda la trama, Geraldo fuera finalmente apresado junto a sus compañeros. Su posterior intento de fuga terminó con su condena a muerte, siendo decapitado a los pocos días. Un episodio recogido y descrito en la Crónica de los reyes de Castilla:

> «Empobrecido y desprovisto de toda ayuda, se refugió junto a los sarracenos, a los que había infligido muchos daños, y por los que fue decapitado en tierras marroquíes con un pretexto baladí» [6].

3. SU CONTEXTO

«*La guerra es la continuación de la política por otros medios*» [7].

Esta máxima del gran teórico de la guerra Karl von Clausewitz, aunque debatida y discutida, resulta un claro ejemplo de la táctica que los reinos peninsulares siguieron para llevar a cabo su política de expansión territorial y expulsión de los musulmanes asentados en el sur. Que duda cabe que el contexto en el que hay que situar la figura de Geraldo transcurre durante unos siglos medievales, en los que, como bien afirma Ladero

[5] LOMAS, Derek W.: *La reconquista*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 149
[6] LAPIEDRA, Eva: *Op. Cit*. p. 155
[7] CLAUSEWITZ, Karl von: *De la guerra*, Ed. Idea Books, Barcelona, 1999, p. 36

Quesada, las guerras de conquista, los procesos de colonización y la condición de tierra fronteriza marcaron la realidad cotidiana de sus reinos [8].

Todo un escenario que queda enmarcado bajo el término Reconquista. Apartándonos del debate bizantino que siempre despierta esta expresión[9], puede observarse como encierra una realidad política: la expansión de los reinos cristianos sobre el espacio musulmán. Siendo ésta una proyección sobre el territorio que tiene que ser entendida como un fenómeno complejo, que implicaría la participación de toda una serie de condicionantes: demográficos, sociales, económicos o políticos.

Por otra parte, resulta innegable como todo ese ideario llevaba adjunta la idea de recobrar aquello que les "fue arrebatado", en un intento de justificar dicho avance, al esgrimir el argumento de que la invasión de su territorio por contingentes musulmanes se produjo de forma violenta e ilegítima[10]. Extremadura no iba a resultar un caso aislado a todo este ideario, escribiendo Fray Diego de Écija, dentro su historia sobre el Monasterio de Guadalupe, quizás uno de los textos más ilustrativos sobre todo este fenómeno, ya a finales de la Edad Media:

> «Procuró este renegado conde don Julián, con el malvado y renegado obispo don Oppas, permitiendo los pecados de este rey [Don Rodrigo] y de su pueblo de España, que entrasen los moros en ella y la destruyesen y sojuzgasen» [11].

Sin embargo, este sentir común no quedó exento de confrontaciones y conflictos entre los diferentes núcleos de poder cristianos surgidos durante dicho proceso de avance y colonización. Tal fue el caso de Castilla a la muerte del emperador Alfonso VII. Aunque en el transcurso de su mandato se lograron importantes hitos, como fue la conquista de Coria (uno de los grandes baluartes defensivos), también se fue gestando la división territorial cristiana[12] .

Así ocurrió con uno de los condados castellanos situado en su vertiente más occidental, el denominado *"territorio portucalense"*. Dicho espacio terminaría por

[8] LADERO QUESADA, M. Ángel: *La formación medieval de España*, Ed. Alianza, Madrid, 2004, p. 13
[9] MÍNGUEZ, J. María: *La Reconquista*, Ed. Alba libros, Madrid, 1996, pp. 2-20
[10] Es muy interesante la reflexión que realiza el Profesor García Fitz al respecto, en su apartado dedicado al ambiente ideológico que envolvía la batalla medieval en su obra: *Las Navas de Tolosa*, Ed. Ariel, Barcelona, 2008, pp. 389-475
[11] FRAY DIEGO DE ÉCIJA: *Libro del Monasterio de Guadalupe*, Cáceres, 1953, p. 40
[12] CARDALLIAGUET, Marcelino, *Op. Cit.*, p. 84

adquirir una entidad propia tan importante que con el paso de los años terminó trasformándose en reino. El hecho de producirse dicha transformación político-administrativa, hizo ver a su monarca, Alfonso I de Portugal, la necesidad de consolidar la independencia del reino portugués a través de la realización de un nuevo empuje que condujera a la conquista de nuevas tierras; que por razones de proximidad, pasaba por expandirse por el territorio de la actual región extremeña.

Pero dicha tarea no iba a resultar una empresa fácil, ya que al morir Alfonso VII, éste dividió sus estados entre sus hijos. A Sancho III le correspondió el área de Castilla y a Fernando II el reino de León. Las intenciones de ambos pasaban, a su vez, por expandir su ámbito de influencia conquistando las zonas situadas al sur de sus posesiones, lo cual afectaba también al espacio extremeño. En este sentido, para poder evitar posibles disensiones entre los dos dirigentes cristianos, firmaron en Sahagún un tratado en el que se estipulaban las bases y el reparto de la futura conquista de unas tierras extremeñas, que todavía se encontraban bajo dominio musulmán.

De esta manera, y tomando como referencia el Camino de la Plata, al monarca leonés le correspondió el derecho de proyectarse por los territorios situados en la franja occidental de la Vía romana: el Algarve, el Alentejo, Montánchez o Mérida. Mientras, su hermano y dirigente castellano, se reservó para sí la franja oriental de la misma calzada: Trujillo, Cáceres o La Serena[13].

Sin embargo, el tratado nacía con un grave inconveniente, se había excluido a Portugal del reparto de los futuros territorios a conquistar, y que no hay que olvidar, se situaban en el mismo área de actuación e influencia: Extremadura. Además, al poco tiempo de ser refrendado dicho compromiso moría una de las partes contrayentes, el rey de Castilla Sancho III. Inesperada circunstancia que fue aprovechada por Fernando II de León para penetrar por el área de influencia castellana, no teniendo en cuenta lo estipulado en los acuerdos de Sahagún.

Igualmente, mientras todo esto sucedía, Alfonso I de Portugal vio dicho escenario como la oportunidad propicia para ampliar sus territorios y continuar su política expansiva. El problema a todo ello, era la escasez de efectivos que el naciente reino de Portugal disponía. Precisamente sería por esta razón por la que el monarca luso depositaría su confianza en el caudillo cristiano Geraldo. Como recoge la crónica:

[13] *Ibidem,* pp. 84-85

> «[El monarca portugués] lo designó para traicionar las ciudades y castillos, que le señaló, con sus hombres y le dio poder para que atacase a los musulmanes en las fronteras con sus terrores».

Debido a su habilidad para hacerse con los puntos fortificados situados en la región extremeña y en la frontera portuguesa, Geraldo se fue haciendo sistemáticamente con los más importantes enclaves que jalonaban las posiciones defensivas situadas en nuestra región. Como expone D. Lomax, mediante sus acciones consiguió tomar, durante un breve periodo de tiempo, en 1165, las plazas fortificadas de: Trujillo, Évora y Cáceres; y al año siguiente, las fortalezas de Montánchez y Serpa[14].

Estas conquistas le llevarían a ser poseedor de un importante señorío, y sus diversas correrías por nuestra región le convertían en uno de los personajes más temidos y respetados militarmente, sobre todo por los musulmanes. Al final, victoria tras victoria, Geraldo se propuso conquistar Badajoz.

Este hecho despertó la consternación del monarca leonés, ya que con esta ampliación de la soberanía portuguesa por suelo extremeño, se amenazó seriamente el derecho de conquista estipulado en Sahagún, al poder ser bloqueada la expansión leonesa por el camino de la Plata. Como consecuencia, Fernando II se lanzó a la lucha, en defensa de su influencia territorial.

En este sentido, parte de la historiografía tradicional extremeña, encarnada en obras como la de Gervasio Velo, siempre entendió las acciones del monarca leonés como una continuación de la lucha por la Reconquista y expulsión de los musulmanes, describiendo la operación de la siguiente manera:

> «Corría el año de 1166 de la era de Cristo y el católico monarca leonés don Fernando juzgó llegado el momento de emprender una campaña decisiva por parte de la Transierra, que le había sido asignada por el tratado de Sahagún, dispuesto a arrebatar a los muslines las fortalezas de toda aquella comarca y llevar los confines de sus dominios hasta la orilla derecha del Guadiana» [15].

Sin embargo, que antes de reunir sus fuerzas en la ciudad de Coria, ordenara a parte de sus efectivos dirigirse hacia Eljas, en la frontera con Portugal, parece evidenciar un

[14] LOMAX, Derek W., *Op. Cit.,* p. 149
[15] VELO Y NIETO, Gervasio: *Coria, Reconquista de la Alta Extremadura*, Cáceres, 1956, p. 78

planteamiento totalmente distinto. Sobre todo, del gran celo mostrado en conservar las posiciones ganadas en tal empresa, como Trebejo o Benavente, que serían cedidas como recompensa a las órdenes militares. Posteriormente tomaría Alcántara, que era uno de los principales baluartes islámicos que se situaban al norte del señorío de Geraldo, y se dispuso a expulsar a los portugueses. Pareciendo ser ésta la verdadera razón de tal ofensiva sobre el territorio extremeño, ya que como seguía exponiendo dicho autor en su obra:

> «[Alfonso I] por sus zarpazos en tierras de Galicia y, en ocasiones, con sus correrías por la Extremadura leonesa, poblada en parte de infieles ciertamente, pero reservada su conquista por los tratados al rey de León. Las circunstancias del momento y una visión certera del futuro impulsaron a don Fernando no solamente a dominar en las ciudades señaladas, sino a recuperar las plazas de Trujillo, Cáceres y Montánchez, ocupadas recientemente por fuerzas del portugués» [16].

Así, mientras que Geraldo intentaba la toma de Badajoz, sitiando a sus defensores en su alcazaba, el rey de León se presentaba también ante dicha ciudad, pero no para ayudar a su correligionario cristiano y expulsar a los musulmanes, sino para hacer valer su "derecho de conquista" y levantar el cerco portugués.

El asedio fracasó al ser vencido el monarca lusitano en Badajoz, abandonando la plaza a los musulmanes y entregando Cáceres al soberano leonés. Éste, en vez de conquistar la localidad pacense, se alió con los almohades para defender unas posesiones que consideraba "legítimamente suyas" frente a Portugal. Posteriormente se retiró hacia sus territorios, debido a la lejanía de sus líneas defensivas [17].

Mientras tanto, Geraldo, que había caído preso, recobró la libertad después de entregar a Fernando Rodríguez de Castro las plazas y castillos de Montánchez, Trujillo, Santa Cruz y Almogfrag. Quedando desprovisto de su núcleo de actuación, terminó con el tiempo entrando al servicio del califa de Sevilla, muriendo poco tiempo después decapitado, fruto de las intrigas y las conspiraciones que envolvieron su figura en sus últimos días, en tan triste final.

4. LAS LUCHAS POR EL CONTROL DEL ESPACIO EXTREMEÑO

[16] VELO Y NIETO, Gervasio: *Op. Cit.* p. 81
[17] MARTÍN, José Luis: *Los orígenes de la Orden Militar de Santiago*, CSIC, Barcelona, 1974, p. 13

> «Honra debe hacer el rey a su tierra, y señaladamente con mandar cercar las ciudades y las villas y los castillos de buenos muros y buenas torres, pues esto le hace ser más noble, más honrada y más apuesta; además es de gran seguridad y gran amparo de todos comunalmente para en todo en tiempo» [18].

Este buen consejo, recogido en *Las Partidas* de Alfonso X, es un fiel reflejo de la preocupación mostrada a la hora de defender un territorio. Como se ha podido apreciar en el anterior apartado, las luchas por el control del espacio, correspondiente con la actual Extremadura, constituyeron la base de muchas de las acciones estratégicas adoptadas por los dirigentes cristianos. En este sentido, para poder entender mejor las hazañas llevadas a cabo por Geraldo, resulta imprescindible entender la importancia que las fortalezas y castillos medievales tuvieron como parte imprescindible para el dominio del espacio.

Y es que, quien quisiera controlar una comarca, sus hombres y todas sus actividades (políticas, administrativas y económicas) debía hacerse con la plaza fuerte del lugar. Hasta hacía poco tiempo, la tradicional concepción sobre la finalidad del castillo aludía en exclusividad a su tarea como edificio militar. Como bien ha señalado Carlos de Ayala, las fortalezas son algo más que un centro de acuartelamiento y defensa; siendo múltiples, en este sentido, las facetas funcionales que comprenderían.

En este sentido, es indudable no pensar en la importancia que estas construcciones tuvieron como verdaderos focos de autoridad. Producida la caída de Roma, la crisis ocasionada tras la desaparición del Estado latino (aquella gran construcción integradora que significó el Imperio para todas las tierras que asomaban al Mediterráneo) hizo manifiesta la debilidad en cuanto a la relevancia del poder público. Situación enfermiza de la soberanía que se agudizó tras la penetración e instalación de diversos pueblos de origen germánico, y cuya tradición política distaba de los cánones estatales romanos. Todo este cúmulo de factores terminaría por desencadenar una ruralización de la sociedad y una privatización de los antiguos poderes públicos en manos de los más poderosos [19].

C. Gravett señala, en este sentido, como la mayoría de los castillos surgieron como parte del proceso de feudalización de Europa, posiblemente en torno al siglo IX, como

[18] ALFONSO X: *Las Siete Partidas*, II Partida, Ley 2.
[19] VALDEÓN, Julio: *El Feudalismo*, Ed. Alba Libros, Madrid, 1996, pp. 31-40

un símbolo del poder que estaba siendo desmoronado tras la quiebra de la edad de oro carolingia. No obstante, el caso peninsular es singular y distinto al modelo de encastillamiento europeo. Así, sería conveniente recordar como gran parte de los primeros castillos elevados en nuestra región, resultaron ser obra de la ingeniería musulmana. Sin embargo, tras la conquista cristiana, es indudable la necesidad de contar con estos dispersos núcleos de poder, en un intento de establecer un mayor control de un territorio todavía sin articular.

Prueba de ello, es la reutilización de dichos enclaves, dentro de un interés, que como bien ha especificado de la Montaña Conchiña, nacería de la respuesta directa tanto a las necesidades militares de poder realizar una defensa eficaz, como también de asegurar el movimiento colonizador[20]. Así, ya en tiempos de Fernando II se favoreció la instalación en suelo extremeño de las Órdenes militares de Templarios y Hospitalarios; a los cuales se les cedería parte de los castillos situados en la Sierra de Gata, además de determinados emplazamientos defensivos, como fue el caso de Coria en 1168 [21].

De tal manera, el castillo aparece como el factor de organización y ordenación del espacio. Esto es, se yergue como elemento clave en las tareas de colonización[22], emanando los medios adecuados para la repoblación del campo circundante; coordinando tanto el asentamiento de población como la explotación de su espacio limítrofe [23]. En numerosas ocasiones, la capacidad e iniciativa real para establecer verdaderas redes de poblamiento estuvo bastante limitada; lo cual hizo que se cedieran algunos de estos enclaves a las órdenes militares para la roturación y atracción de nuevos grupos migratorios, lo que a la larga terminaría derivando en un profundo proceso de señorialización del espacio[24]. Como recoge la crónica del Canciller Ayala:

> «[El rey Pedro I] llegó a Llerena, lugar de la Orden de Santiago: É quando ay fue, falló á Don Fadrique Maestre de Santiago [...] E los Freyres de la Orden de Santiago, que eran Comendadores, é tenían castillos é fortalezas de la Orden, ficieron allí pleyto é omenage al Rey» [25].

[20] MONTAÑA CONCHIÑA, J. Luis de la: *La Extremadura cristiana (1142-1350). Poblamiento, poder y sociedad*, Ed. Universidad de Extremadura, Cáceres, 2003, p. 36
[21] CARDALLIAGUET, Marcelino: *Op. Cit.*, p. 96
[22] AYALA MARTÍNEZ, Carlos de: "Las fortalezas castellanas de la Orden de Calatrava en el siglo XII"; Apud: Revista *En la España Medieval*, Nº 16, 1993, pp. 13-14
[23] GARCÍA FITZ, Francisco: *Op. Cit.*, p. 15
[24] LADERO QUESADA, M. Ángel: *La formación medieval de España*, Ed. Alianza, Madrid, 2004, pp. 227-230
[25] LÓPEZ DE AYALA, Pedro: *Crónicas de los reyes de Castilla*, Crónica del Rey D. Pedro, Año Segundo, Capítulo 2

Es por todo ello, por lo que la fortaleza se convertía normalmente en la sede donde residía el poder; siendo entendida como centro administrativo y jurisdiccional, con capacidad para organizar socialmente el espacio del que dependía. No es extraño, a la vista de todo lo expuesto, que al convertirse en el foco político principal del lugar, su gobierno afectara a los habitantes asentados en todo su término administrativo, perturbando tanto su jurisdicción, justicia o la recaudación de rentas [26].

4.1. El castillo como miembro integrante de una red defensiva

> «De Mérida dependen castillos y distritos. Entre ellos se encuentran el castillo de Medellín, el de Murus, el de Umm Gazzala (Magacela), el de al-Ars, el de Umm Yafar, el de al-Yanah, el de la Roca de Abu Hassan, el de Logrosán, el de Sant Aqrus (Santa Cruz) [...] Y otros fuertes cuya mención sería prolija» [27].

La fortaleza solitaria no resultaba ser un elemento de significativa importancia. Ésta nacía, sin embargo, cuando la misma quedaba integrada dentro de toda una red de fortificaciones. De la Montaña Conchiña, viene a indicar como durante los primeros años tras la conquista cristiana de parte del territorio norte extremeño se produjo una “red de fortificaciones” que se extendería desde el este al oeste, custodiando de esta manera los pasos montañosos que protegían la antigua vía romana. Pues con este “entramado defensivo” quedaban cubiertas parte de las principales líneas de comunicación. Siendo referentes los castillos de Trevejo, Almenara, Santa Cruz y el de Palomero [28].

Ahora bien, aunque en un primer momento pudiera parecer que existiera una estrategia de actuación conjunta entre los diferentes baluartes en caso de ser atacados por el enemigo, activándose un mecanismo de defensa mutua, la realidad era sumamente contraria. El asedio de un castillo no suponía su auxilio por el más cercano. Es más, resulta paradójico, en este sentido, la escasa capacidad de iniciativa que estas “franjas defensivas” tuvieron a la hora de afrontar sus propias defensas. El Profesor García Fitz [29] viene a señalar como estos entramados resultaban en realidad “permeables”, permitiendo en no pocas ocasiones el paso de los contingentes enemigos por el territorio que debían controlar. Sin embargo, ese parecía ser precisamente su

[26] GARCÍA FITZ, Francisco: *Op. Cit.*, p. 15
[27] Crónica musulmana recogida en: PACHECO, Juan Antonio: *Op. Cit.*, p. 36
[28] MONTAÑA CONCHIÑA, J. Luis de la: *Op. Cit.*, p. 36
[29] GARCÍA FITZ, Francisco: *Op. Cit.*, pp. 18-20

cometido. Esto es, la fortaleza no se entendería como un lugar desde donde planificar el ataque, sino donde guarnecer a los contingentes, la población, los enseres, etc.

¿Esto supondría que dicha "malla defensiva" no surtía ningún efecto, y que los castillos no servían para la finalidad para la que precisamente habían sido creados ?. Pues en realidad no. Es más, como sigue exponiendo dicho autor, la puesta en práctica de un asedio resultaba muy costosa y bastante duradera, por lo que al haber una gran proliferación de estos puntos fuertes sobre un determinado ámbito geográfico, haría exigir al enemigo un mayor esfuerzo y una notable pérdida de tiempo. Algo muy importante, siempre y cuando estamos hablando de contingentes carentes de logística, financiación y además sujetos a una forma de hacer la guerra marcada por la temporalidad de las estaciones (primavera y verano). Aunque sea lejana en el tiempo, cuenta, es muy ilustrativa al respecto la crónica del rey D. Pedro I, que alude como habiéndose puesto sitio a una ciudad, e incluso realizado una brecha al muro, el monarca tuvo que retirarse, ya que:

> «El invierno era tan fuerte y tan afortunado de aguas que no la podían combatir, ca no les venían viandas ningunas, de ninguna parte por el fuerte temporal que hazía. Por lo cual no pudo más allí estar y partió» [30]..

En vista de todo lo expuesto, la finalidad última de un punto fortificado parecía corresponderse con una estrategia de resistencia, encerrándose dentro del bastión y esperando la retirada de los sitiadores. Sin embargo, si se lograba penetrar en la fortaleza y tomar posesión de ella, no sólo se conseguía un determinado enclave, sino el control de todo un área geográfica. Es por esta razón, por lo que el conocimiento y el dominio de las técnicas de asedio constituyeron la base principal de unas operaciones militares orientadas hacia la conquista del territorio.

5. LAS ACCIONES DE GERALDO

Si la ocupación de un punto fortificado suponía controlar su espacio adyacente, que duda cabe que la gran capacidad que poseía Geraldo para la toma de castillos le hizo convertirse en uno de los referentes en lo que respecta al asalto de los baluartes militares. Por otra parte, si Geraldo lograba con su pericia irrumpir y hacerse con una fortificación y su comarca, el monarca portugués podría proseguir con su política de

[30] LÓPEZ DE AYALA, Pedro: *Crónicas de los reyes de Castilla*, Crónica del Rey D. Enrique II, Año Quinto, Capítulo I

ampliación territorial en un breve periodo de tiempo, lo cual constituía un verdadero éxito dado las condiciones militares que tenía el naciente reino luso.

5.1. Asaltos por sorpresa

Como bien ha escrito José H. Saraiva[31], para poder llevar acabo ese proceso de ampliación del espacio portugués por parte de Alfonso I, a pesar de la debilidad interna de los pequeños principados islámicos, las fuerzas militares portuguesas eran tas escasas que para poder efectuar expediciones ofensivas se debía recurrir al auxilio de efectivos que camino hacía Palestina hacían escala en los puertos lusitanos.

Bajo estas condiciones, Geraldo siguió un modelo de estrategia militar, que como se desprende de la fuente del siglo XII, *Vida de S. Teotónio*, supuso un *"novo generi pugnandi... cuasi per latrocinium"*; es decir, una nueva manera de hacer la guerra, similar al latrocinio[32]. Además, sus hazañas bien podrían haberse correspondido con las de una novela épica ambientada en la Edad Media. Aprovechando las noches plenamente oscuras, al amparo de contextos en los que la intemperie y las tormentas hacían de la visibilidad un hecho prácticamente imposible para los defensores de las fortalezas, actuaba de la siguiente manera, según el cronista musulmán Ibn Hib Al-Sal:

> «El perro [Geraldo Sempavor] caminaba en noches lluviosas y muy oscuras, de fuerte viento y nieve, hacia las ciudades, y había preparado sus instrumentos de escalas de madera muy largas, que sobrepasaban el muro de la ciudad, aplicaba aquellas escaleras al costado de la torre y subía por ellas en persona, el primero, hasta la torre y cogía al centinela y le decía "Grita como es tu costumbre", para que no lo sintiese la gente. Cuando se había completado la subida de su miserable grupo a lo más alto del muro de la ciudad, gritaban en su lengua con un alarido execrable, y entraban en la ciudad y combatían al que encontraban y lo robaban y cogían a todos los que había en ella cautivos y prisioneros» [33].

Precisamente sería con este tipo de acciones, mediante la inusitada pericia mostrada en el asalto a los castillos situados tanto en la frontera portuguesa como en el propio

[31] SARAIVA HERMANO, José: *Historia de Portugal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989 pp. 40-60
[32] SARAIVA HERMANO, José: *Op. Cit.* p. 51
[33] IBN HIB AL-SAL: *Al-mann bil-Im ma*. Ed. Y Traducción de Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1969, p. 137

territorio extremeño, por las que los musulmanes denominaron sus actuaciones como "traiciones":

> «En la primera de sus traiciones, traicionó Giraldo –Dios le maldiga- la ciudad de Trujillo ... luego traicionó la ciudad de Évora ... Traicionó también la ciudad de Cáceres ... y el castillo de Montánchez ... Luego traicionó el castillo de Serpa ... Luego traicionó el castillo de Jurumeña ... Luego traicionó la ciudad de Badajoz» [34].

De esta manera, fruto de tal astucia, siempre bajo un fuerte componente de riesgo y valentía al aventurarse el primero al frente de cada expedición, sería denominado "sempavor" (sin miedo). Igualmente, conquista tras conquista, su poderío militar fue creciendo. Esta sería la razón por la cual comenzara a vislumbrar la posibilidad de asediar la plaza de Badajoz y extender su ámbito de influencia por el sur de nuestra región.

5.2. Guerras de asedio

Para esta nueva acometida puede vislumbrarse en la obra de Geraldo un cambio con respecto a sus anteriores acciones. Su ataque no fue por sorpresa, sino mediante el establecimiento de un asedio, siendo una empresa totalmente distinta a sus primeros ataques nocturnos, correspondiéndose con los cauces habituales del desarrollo de la guerra en la Edad Media. Como señala C. Gravett, durante dicho periodo la guerra de asedio desempeñó un papel vital en la estrategia militar. Los asedios se convertirían en mucho más numerosos que las batallas campales, comprendiendo tanto los lances como los grandes cercos a gran escala [35].

Con respecto las fuerzas necesarias para llevar a cabo este tipo de empresas, se necesitaba un número mayor de efectivos, redoblando además las acciones de acoso sobre los asediados. Así, la gran mayoría de las conquistas solían trazar unas líneas de actuación, que por lo general, incidían en el bloqueo de la ciudad, para lo cual se necesitaba de un llamamiento de tropas:

> «En el mes de Julio, llamó el emperador al Conde don Rodrigo Martínez Osorio, que esta historia llama de León, que viniesse con toda la gente de guerra que tenía, y recogiesse toda la de Salamanca: y hecho esto con toda

[34] LAPIEDRA, Eva: *Op. Cit*. p. 150
[35] GRAVETT, Christopher: *Guerras de asedio en la Edad Media*, Osprey, 1994, pp. 3-6

> diligencia mandó marchar contra la ciudad de Coria: y antes de llegar a ella pusso ciertas celadas muy secretas» [36]

Además, si se analiza la escasa documentación existente para este tipo de estudios, aunque sí se denota un interés por parte de las jerarquías políticas de proyectarse sobre el territorio y efectuar su posterior control, la estrategia no pasaba fundamentalmente por el desarrollo de acciones militares directas. Y es que éstas, como ya se comentó, podían resultar costosas, además de suponer una incertidumbre ante su posible éxito. En realidad, antes de acometer acciones que tuvieran un alto componente de riesgo se preferirían seguir otros modelos estratégicos:

> «El bien y el provecho que al rey y al reino le nace de tal hueste es esto: ganan lo que antes no tenían y se enriquecen a costa de los enemigos, empobreciéndolos y enflaqueciéndolos, lo cual es camino para destruirlos y para conquistarles de forma más rápida las villas y los castillos y todo lo que tuviesen, o para ponerlos bajo su dominio, que es gran honra para el rey y para el reino, o para vencerlos más fácilmente una vez que se hubiesen empobrecido si les quisiesen dar batalla, puesto que por su pobreza estarían los enemigos peor pertrechados de armas y caballos» [37]

Geraldo, también siguió este modelo táctico después de su derrota en el asedio de Badajoz, cuando estableció su campamento base en Juromeña donde intentó desarrollar un nuevo plan de operaciones para hacerse con Badajoz. Como dice García Fitz, utilizó como base estratégica el castillo de Jurumeña *"y la pobló con su miserable gente, para atacar desde él a Badajoz y hacer daño a los musulmanes desde ella"* [38]. Desde este punto realizaría una serie de ataques sistemáticos con los que pretendía socavar las estructuras del territorio circundante a la ciudad y los recursos de que se abastecía. El testimonio de uno de los cronistas almohades no puede ser más explícito:

> «Aumentó la debilidad de Badajoz Por falta de alimentos en ella, por el acoso del extranjero maldito, Giraldo, contra ella con ataques, y cortar la entrada en ella de provisiones» [39].

[36] SANDOVAL, Prudencio de: *Crónica del emperador Alfonso VII*, Madrid, p. 85
[37] MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo (ed.): *Leyes de Alfonso X*, Espéculo, Lib. III, Tít. V, Ley V
[38] GARCÍA FITZ, Francisco: "Funciones bélicas de las fortificaciones en el medievo extremeño"*; Castillos de España, 118,* año 2000, p. 22
[39] GARCÍA FITZ, Francisco: *Op. Cit.* p. 23

De esta manera, pretendió que los recursos de los que podía abastecerse dicho punto estratégico se vieran reducidos hasta tal punto, que pudieran terminar causando la mejor táctica bélica, el agotamiento y la capitulación.

Pero, retrotrayéndonos de nuevo al cerco de Badajoz, Geraldo no sólo tuvo que enfrentarse a las fuerzas musulmanas sitiadas, sino también a las huestes cristianas de Fernando II. Y aunque pidió auxilio a su señor, el rey de Portugal, el monarca leonés terminaría por levantar el cerco, causando la dispersión de los efectivos sitiadores.

Sin embargo, las hazañas de Geraldo le harían ser reconocido como uno de los caudillos militares de la Edad Media que más respeto y admiración causó entre sus contemporáneos, llegando a igualarse su fama con la del Cid Campeador. Todo ello, siempre fruto de su pericia en las técnicas de conquista de los castillos y fortalezas. Lo cual, no viene sino a ratificar la tesis anteriormente expuesta de que las guerras en la Edad Media consistieron, principalmente, en una lucha continua por el control del territorio, siendo más importantes las conquistas de los baluartes defensivos que las grandes batallas épicas, de las cuales, Geraldo ninguna capitaneó.

En definitiva, es por todo ello, por lo que rompiendo con los viejos y torpes perjuicios que sobre el mundo medieval, y más concretamente sobre el mundo militar, se ha venido insistiendo a lo largo de los siglos, el uso de estrategia y de la inteligencia era la mejor arma con la que atacar un castillo, y por ende conquistar su territorio. Como bien aconsejaba una de las Leyes de *Las Partidas* de Alfonso X:

> «Sabiduría grande y seso ha menester en defender los castillos pues aunque el esfuerzo y el ardimento son muy nobles en sí, sin embargo en las demás cosas es menester que sean ayudados por seso y por cordura; porque aquello que los hombres codician de ser vencedores, no les tome en ser vencidos. Y aunque en todos los hechos de guerra es esto muy necesario señaladamente conviene a los que han de defender los castillos de los enemigos, porque más veces se toman por sabiduría y por arte que por fuerza» [40].

[40] ALFONSO X: *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Ley 13

5. EPÍLOGO

Geraldo “Sempavor”, ese enigmático caudillo que con su pericia y habilidad asaltó de forma continuada las sólidas fortalezas construidas en las altas cumbres de nuestra región, con el paso de los años y hazaña tras hazaña, no sólo se convertiría en el azote de las huestes musulmanas, sino también de las fuerzas cristiano-leonesas. Y aunque no capitaneó ninguna batalla a gran escala, qué duda cabe que su fama resuena hoy día en la historiografía militar dedicada al estudio de la Edad Media. Lo cual viene a desterrar los viejos y oscuros mitos que todavía abundan sobre el mundo militar medieval. Y es que, si la política que predominó en aquellos siglos hacía alusión a la proyección de los diversos reinos creados sobre el espacio musulmán, la mejor manera de controlar un territorio y sus habitantes pasaba por dominar la plaza fuerte que articulaba administrativa y defensivamente dicho espacio.

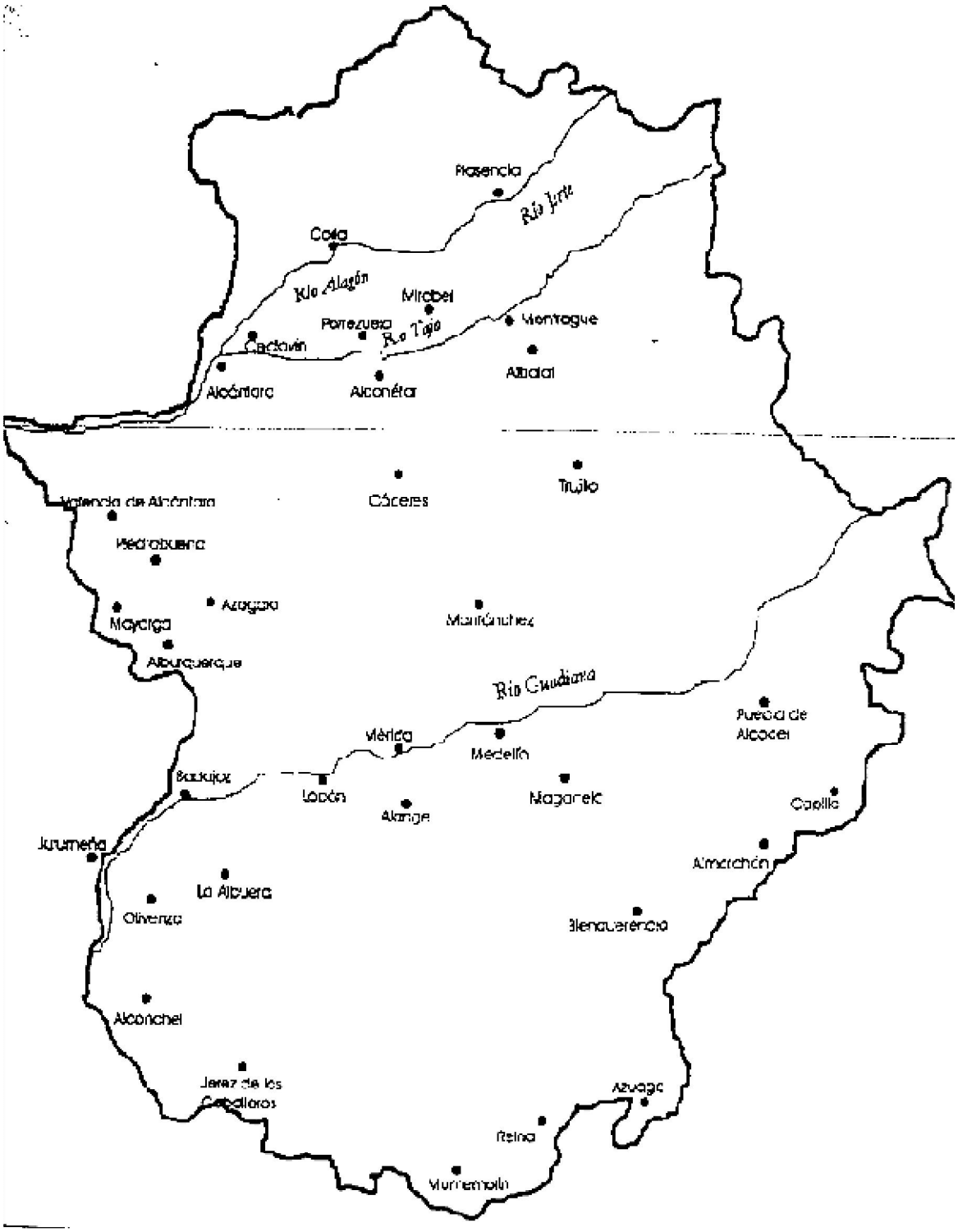
En este sentido, que duda cabe que Geraldo incentivó el germen de la futura conquista cristiana del territorio de la actual Extremadura. Sobre todo, porque si durante el periodo concerniente al reinado de Alfonso VII se pudo observar una cierta progresión en el avance “reconquistador”, su muerte traería consigo un periodo de conflictos internos entre sus sucesores a raíz de la división territorial y administrativa que sufriría el legado del “emperador” cristiano. Y auque se firmaron acuerdos relativos al derecho de conquista sobre los territorios por colonizar, predominaron las luchas internas.

Precisamente, un contexto que sería aprovechado por el nuevo reino de Portugal, para que con un pequeño grupo de asalto, capitaneado por el caudillo cristiano Geraldo, se hiciera con gran parte del territorio de la actual Extremadura. El temor creado entre los monarcas cristiano-leoneses supuso la salida del letargo en la que habían permanecido inmersos, comenzando una serie de campañas militares con la que lograrían hacerse con importantes puntos estratégicos, como es el caso de Alcántara, que conllevaría también la creación de la Orden que lleva el mismo nombre; pero igualmente la expulsión de los portugueses de nuestra región.

Su posterior muerte decapitado mientras permanecía en presidio, junto a su misteriosa procedencia y el conjunto de sus grandes hazañas militares, le convertirían con el paso de los años en uno de los personajes de la Edad Media peninsular tan odiado para unos como admirado para otros. Pero sin duda, más allá de los debates cronísticos que las diferentes fuentes medievales pueden desvelar, nos encontramos ante una figura

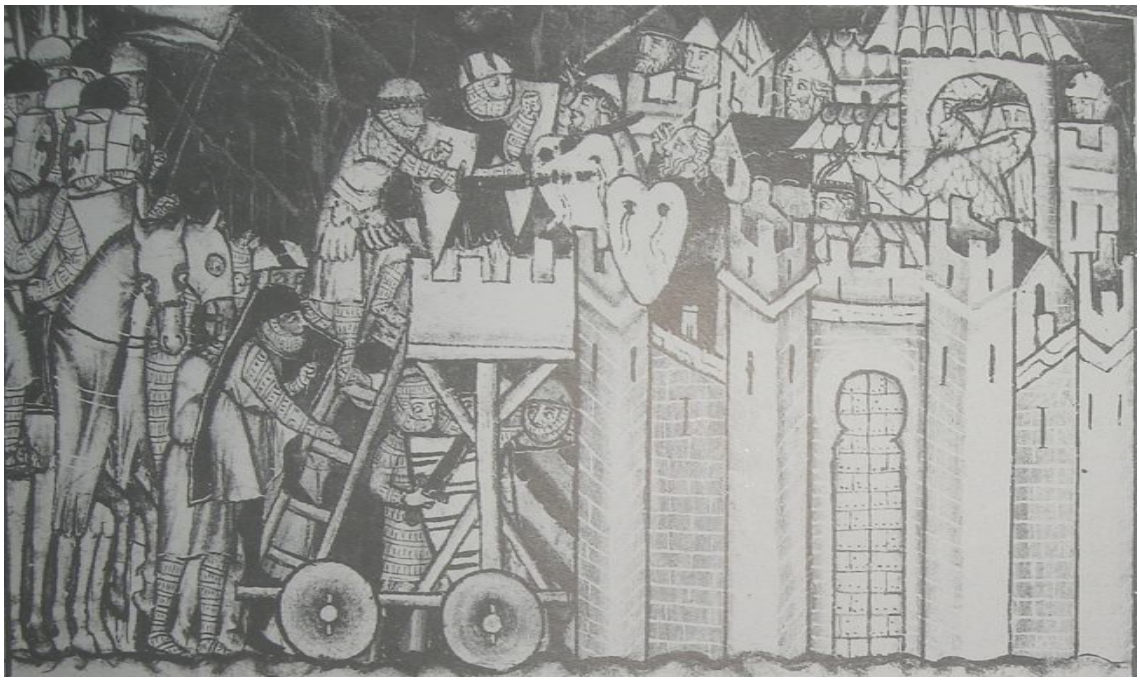
excepcional que no sólo debe quedar circunscrita al ámbito de la historiografía portuguesa, ya que con sus acciones forjó parte de nuestra rica historia extremeña.

PRINCIPALES PUNTOS FORTIFICADOS EXTREMEÑOS

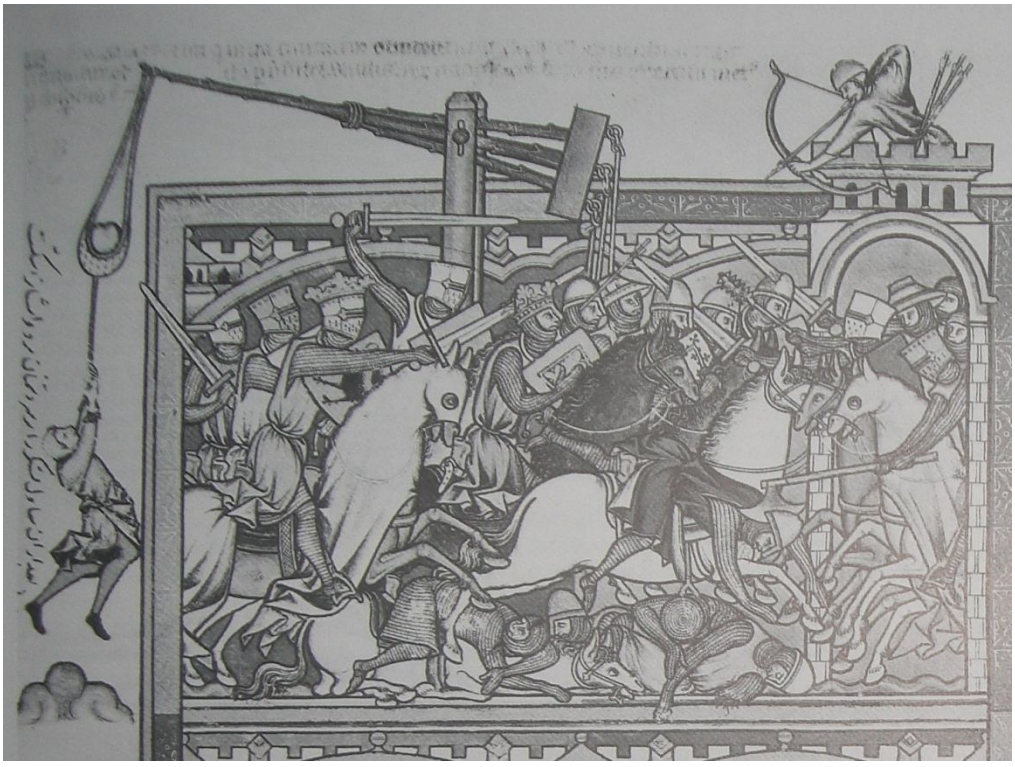


Fuente: F. García Fitz (2000)

ILUSTRACIONES MEDIEVALES SOBRE LA TOMA DE FORTALEZAS



Imágenes extraídas de: C. Gravett, 1994



Imágenes extraídas de: C. Gravett, 1994

7. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

7.1. Crónicas y fuentes

ALFONSO X*:* Las Siete Partidas

FRAY DIEGO DE ÉCIJA*:* Libro del Monasterio de Guadalupe, *Cáceres, 1953*

IBN HIB AL-SAL: *Al-mann bil-Im ma*. Ed. Y Traducción de Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1969

LÓPEZ DE AYALA, Pedro: Crónicas de los reyes de Castilla, *Crónica del Rey D. Pedro*

MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo *(ed.):* Leyes de Alfonso X

SANDOVAL, Prudencio de*:* Crónica del emperador Alfonso VII, *Madrid*

7.2. Libros y artículos

AYALA MARTÍNEZ, Carlos de: "Las fortalezas castellanas de la Orden de Calatrava en el siglo XII"; Apud: Revista *En la España Medieval*, Nº 16, 1993

CARDALLIAGUET, Marcelino: *Historia de Extremadura*, Ed. Universitas, Badajoz, 1988

CLAUSEWITZ, Karl von: *De la guerra*, Ed. Idea Books, Barcelona, 1999

COBOS, Fernando y CASTRO, José de: *Castillos y fortalezas: Castilla y León*, Ed. Edilesa, León, 1998

CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*, Ed. Labor, 1984

GARCÍA FITZ, Francisco*:* "Funciones bélicas de las fortificaciones en el medievo extremeño"*; Castillos de España,* 118, año 2000

- *Las Navas de Tolosa*, Ed. Ariel, Barcelona, 2008

- *Castilla y León frente al Islam. Estrategia de expansión y tácticas militares*, Sevilla, 2001

GRAVETT, Christopher: Guerras de asedio en la Edad Media, *Osprey, 1994*

GUTIÉRREZ, José A.*: "Castillos y sistemas de defensa en la corona de Castilla"; Apud:* Actas de la II Semana de Estudios Medievales, *Nájera, 1991*

HURTADO PÉREZ, Publio*: Castillos, torres y casas fuertes de la Provincia de Cáceres*, 1989, Mérida

JUAN MANUEL: El Conde Lucanor. *Edición modernizada de Carlos Sainz de la Maza, Ed. Bruño, 1993*

LAPIEDRA, Eva: "Geraldo Sem pavor, Alfonso Enríquez y los Almohades"; en: *Bataliús. El reino Taifa en Badajoz*, Madrid, 1996

LADERO QUESADA, M. Ángel: *La formación medieval de España*, Ed. Alianza, Madrid, 2004

MALPICA, Antonio: *Castillos en Al-Andalus: La organización del territorio*, Ed Universidad de Extremadura, Badajoz, 2002

MÍNGUEZ, J. María: *La Reconquista*, Ed. Alba libros, Madrid, 1996

MONTAÑA CONCHIÑA, J. Luis de la: *La Extremadura cristiana (1142-1350). Poblamiento, poder y sociedad*, Ed. Universidad de Extremadura, Cáceres, 2003

NAVAREÑO, Antonio: *Castillos y fortificaciones en Extremadura*, Editora Regional, Mérida, 1985

PACHECO, Juan Antonio*:* Extremadura en los geógrafos árabes, *Ed. Diputación provincial de Badajoz, Badajoz, 1991*

PÉREZ DE TUDELA, Isabel: La arquitectura militar como símbolo y emblema de las realidades medievales; Apud: "Arquitectura militar en la Península Ibérica"; Apud: VV. AA.: *Actas del IV Curso de Cultura Medieval Seminario: La fortificación medieval en la Península Ibérica*, Ed. Fundación Santa María la Real, Palencia, 2001

SOUSA P.: *Geraldo Sem Pavor. Um guerreiro de fronteira entre cristãos e musulmanos (1162-1176)*, 2008.

TERRÓN, Mª Teresa: *Castillos de Badajoz*, Ed. Lancia, Madrid, 1992

VALDEÓN, Julio: *El Feudalismo*, Ed. Alba Libros, Madrid, 1996

VELO y NIETO, Gervasio: *Coria, Reconquista de la Alta Extremadura*, Cáceres, 1956

VILLENA, Leonardo*: "Arquitectura militar en la Península Ibérica"; Apud: VV. AA.:* Actas del IV Curso de Cultura Medieval Seminario: La fortificación medieval en la Península Ibérica, *Ed. Fundación Santa María la Real, Palencia, 2001*